

**Misa de Envío para el V Encuentro
18 de agosto de 2018**

“La Iglesia en los Estados Unidos, como en otras partes del mundo, está llamada a ‘salir’ de su comodidad y a convertirse en fermento de comunión. Comunión entre nosotros mismos, con nuestros hermanos cristianos y con todos los que buscan un futuro de esperanza. Tenemos que ser cada vez más plenamente una comunidad de discípulos misioneros, llenos de amor al Señor Jesús y de entusiasmo por la difusión del Evangelio. La comunidad cristiana debe ser un signo y un anuncio profético del plan de Dios para toda la familia humana. Estamos llamados a ser portadores de buenas noticias para una sociedad sujeta a desconcertantes cambios sociales, culturales y espirituales, y a una creciente polarización”. Estas son las palabras apasionadas y desafiantes del Papa Francisco para todos los que participan en este proceso del V Encuentro. Este es el núcleo de lo que el Encuentro es llamado a encarnar. Para todos ustedes, delegados al Encuentro Nacional, este es el núcleo de lo que se les encomendará que encarnen como nuestra voz en la reunión de la Iglesia en nuestra querida nación.

“Dejen a los niños y no les impidan que vengan a mí”. Estas palabras de Jesús fueron un desafío en su tiempo. No desprecien a ninguna clase de persona. Los niños en aquél tiempo eran vistos como una categoría menor que los adultos. Eran ignorados y su voz no era escuchada. Jesús reprendió la dureza de los corazones de los creyentes a su alrededor. Él nos ha encargado que lo hagamos en nuestros días en nuestra parte del mundo. Es el llamado de nuestro bautismo para llegar a todos los hijos de Dios, a todas las

edades, a todas las razas, a todas las etnias, a los hablantes de todos los idiomas, a personas en todas las circunstancias. No hay nadie para quien el Evangelio no esté destinado. No hay nadie a quien podamos ignorar o mantener a distancia. Somos cristianos bautizados, enviados a llevar la luz de Dios a todos.

En este proceso de Encuentro, hemos escuchado muchas historias. Hemos escuchado historias de aquellos que siempre han sentido un hogar en la Iglesia, y con ellos nos regocijamos. Pero hemos escuchado historias de aquellos que no han sido bienvenidos. El Señor nos recuerda que “de los que son como ellos es el reino de los cielos”. Queridos delegados, lleven estas historias con ustedes a la reunión nacional.

En este momento tan doloroso en la Iglesia, nos llega bien la primera lectura de hoy. Se nos promete que los pecados de los demás no se nos imponen, pero la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, sufre junta los efectos de estos pecados. Debemos recordar quiénes somos. Somos el pueblo de la esperanza y de la promesa. Las fallas humanas de nuestros hermanos creyentes, tan terribles como a veces pueden ser, no niegan nuestra esperanza. También debemos reconocer los sufrimientos de nuestros hermanos y hermanas que no han sido respetados y amados como es su derecho y como corresponde a su dignidad. Este sufrimiento clama al cielo, pero no niega la promesa que hemos recibido. Estamos de pie con nuestros hermanos y hermanas en su dolor, con aquellos que son relegados, los descartados y olvidados. De pie les dejamos acercarse al Señor, y lo seguimos con ellos.

Suplico la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe en las vidas de ustedes y en su próximo paso de Encuentro. Que ella, que llevó a Cristo a todas las personas, nos enseñe a hacer lo mismo. Que el testimonio de ustedes brille y traiga luz a la Iglesia en nuestra nación. Que a través de su testimonio, atraiga a más hijos de Dios y permita que vengan a él.